

ARGENTINA

PERÓN estaba furioso: «malvados», «estúpidos», «infiltrados», «mercenarios»: los epítetos llovían desde los balcones de la Casa Rosada sobre los partidarios de izquierda y consagraban la ruptura pública más grave del peronismo en treinta años.

Los jóvenes peronistas, al parecer, habían llegado dispuestos a desbordar las cautas medidas de los organizadores: sólo estaban permitidas las banderas argentinas y los carteles de identificación de los sindicatos. Pero las estrellas octogonales de la guerrilla «montonera» emergieron de escondites insospechados una vez que las columnas de manifestantes rebasaron los controles policiales: «¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa, general, que está lleno de "gorilas" el Gobierno popular?»: la consigna coreada por los jóvenes de izquierda que iban entrando a la plaza de Mayo también estaba fuera de programa.

Y cuando Perón apareció en los balcones de la casa de gobierno debió esperar nueve minutos antes de empezar su discurso. El grito de: «¡El pueblo te lo pide: queremos la cabeza de Villar y Margaride!» era demasiado estruendoso para que pudiera hablar. Villar y Margaride, comisarios acusados de torturadores bajo las dictaduras militares y despedidos por Cámpora, fueron repuestos en sus cargos por el Gobierno de Perón. Villar es el jefe de Policía Interino de Buenos Aires; los dos, según denuncias en la Cámara de Diputados, han vuelto a sus viejas prácticas.

Cuando Perón finalmente pudo hacerse oír, no se contentó con insultar a la izquierda: prácticamente, en cada párrafo de su breve discurso incluyó un elogio para los dirigentes sindicales de su Movimiento, enemigos jurados de los jóvenes.

Dijo, por ejemplo: «Quiero que esta primera reunión del Día del Trabajador sea para rendir homenaje a esas organizaciones (sindicales) y a esos dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica y han visto caer a sus dirigentes asesinados sin que todavía haya sonado el escarminato».

Muchos de esos dirigentes «sabios y prudentes» son para la izquierda peronista burócratas que se arrojan una representatividad de la base trabajadora (a la que no dan posibilidad de expresión democrática), conciliadores con las pasadas dictaduras militares y tienen las manos sucias con unos cuantos negociados que les han permitido enriquecerse. Alonso, Vandor, Coria, Rucci, entre otros, fueron muertos por la guerrilla, que consideró que debía hacerles pagar su «traición a la causa de la clase obrera».

Perón, por lo tanto, estaba poniendo el dedo en la llaga de las contradicciones que desgarran al movimiento peronista, y optaba por aislar y despedir a la izquierda.

Era, si se quiere, la culminación de un proceso que se había iniciado el 20 de junio de 1973, con la matanza de Ezeiza. Aquella tarde,



LOS MALENTENDIDOS DEL PERONISMO

Fernando Rojo

ante tres millones de personas que esperaron a Perón desde el día anterior, cerca de mil hombres armados, parapetados en el estrado de la concentración, balearon a las columnas de manifestantes. Nunca se conocieron las cifras oficiales de víctimas, pero se habló de hasta un centenar de muertos y de trescientos heridos.

En realidad, bajo el rótulo común del «peronismo», los manifestantes de Ezeiza habían estado divididos en dos consignas que suponían dos proyectos opuestos para la Argentina: la «patria peronista» y la «patria socialista».

Los partidarios de la «patria peronista» procedían de la estructura sindical (la Confederación General de Trabajadores [CGT] y las 62 organizaciones) y de la cúpula partidaria del movimiento peronista, y se apoyaban en sectores del viejo proletariado del Gran Buenos Aires. Eran, sin duda, los más ortodoxos, apegados a las fórmulas «justicialistas», que suponían, al margen de la hojarasca retórica populista, un esquema capitalista para Argentina: el llamado estilo cristiano de vida, la empresa privada, el capital extranjero; todo esto, «humanizado» por el paternalismo estatal y algunas mejoras sociales.

Los que propugnaban la «patria socialista» querían imprimir al nuevo Gobierno una tendencia hacia la liberación nacional y social que

condujera al establecimiento del socialismo en Argentina. Procedían de la Juventud Peronista (JP) y de las organizaciones guerrilleras «Montoneros» y Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), que, junto a otras, habían estado en el corazón de la resistencia contra las dictaduras militares. Había los que con ingenuidad y buena fe creían en Perón, había los que lo apoyaban por razones tácticas, todos pensando en poder hacer avanzar al peronismo, desde sus antiguas posiciones reformistas y populistas, a posiciones revolucionarias.

Cuando Perón alcanzó la Presidencia argentina, en septiembre de 1973, con una rotunda mayoría electoral (62 por 100), con más de siete millones de votos, contó todavía con el apoyo de estas dos grandes corrientes de su movimiento. Pero es también verdad que en ese momento de máxima confluencia había sonado la hora de la verdad para el peronismo.

¿Para dónde va Perón?

Desde el exilio, con su clásico juego «pendular», Perón había alentado a todas las tendencias, cada una a su tiempo. Había logrado así que su movimiento sobreviviera a las más tenaces persecuciones y comprometiera el más amplio espectro de apoyo. Entonces fue cuan-

do llamó a la izquierda «juventud maravillosa».

El mismo había sobrevivido como líder sustentándose en la dimensión mítica de su figura política y en la obstrucción de cualquier intento de organización independiente de la clase obrera. Pero ahora estaba en el Gobierno, y lo que era fácil en la oposición se volvía imposible: debía hacer opciones, y cualquiera fuera el rumbo que tomara Perón Presidente, lo haría entrar necesariamente en conflicto con un sector de sus propias fuerzas.

Perón, en el Gobierno, llamó a la «pacificación», a la «unión de todos los argentinos», sin distinción de clases sociales. «Es la etapa de la reconstrucción —dijo—, después vendrá la de la liberación».

La clave de su política económica fue el «Pacto Social», en el que insistió ahora, el 1 de mayo, llamándolo «la salvación del país». Firmado por representantes del empresariado argentino (la Confederación General de Empresarios), de la central sindical (CGT) y del Gobierno, se proponía una especie de cancelación de la lucha de clases por un mínimo de dos años, con determinación fija de precios y sala. ▶

Black & Decker®

imprescindible en su hogar



**Taladros
de 1 y 2 velocidades.
Taladros percutores.
A partir de 1.695 ptas.**

¡elija el taladro que necesite!

Con un taladro de 2 velocidades obtendrá más potencia y versatilidad de uso. El taladro percutor tiene 2 velocidades, más la posibilidad de convertirse en acción percutora, facilitando así la perforación en obra de cemento.
El taladro de 1 velocidad, sólo cuesta 1.695,- ptas.

Black & Decker es mucho más que un taladro

Con el accesorio adecuado usted podrá desarrollar múltiples aplicaciones. Entre ellas,



GRATIS recibirá un catálogo informativo enviando este cupón a Black & Decker, Apartado No. 40 - S. Baudilio LL. (Barcelona)

Nombre _____

Dirección _____

Población _____ Provincia _____

LOS MALENTENDIDOS DEL PERONISMO

rios. Perón aducía que sobre Argentina pesaba una abultada deuda externa (más de siete mil millones de dólares), que se vivía un proceso inflacionario implacable y que, antes de tomar cualquier medida de cambio estructural, era necesario «reconstruir el país», porque no se podía «distribuir la miseria».

La izquierda peronista reaccionó. No era eso lo que esperaba. Consideraba que no eran precisamente los trabajadores los que podían ser señalados como culpables del estado de la economía del país. Y que el «Pacto Social» era eso: una forma de hacer cargar a los sectores populares con el peso de la crisis, en vez de afectar a los monopolios y a las empresas extranjeras. Rechazaba ese llamado indiscriminado a la «unión de todos los argentinos», que metía en un mismo saco a capitalistas y obreros, a campesinos y empleados del país. Protestaba, por último, por el ascenso a posiciones de poder de «numerosos traidores» del movimiento obrero.

Pero los enfrentamientos más enconados todavía estaban por venir. En septiembre de 1973, José Rucci, secretario general de la CGT, fue muerto a tiros en una calle de Buenos Aires. Rucci era considerado el prototipo burócrata sindical: había sido elegido por algo más de veinte mil votos en su gremio, el metalúrgico, que tiene más de doscientos mil obreros sindicalizados. Se le acusaba también de maniobras dolosas y de complicidad con la dictadura militar. Nunca se aclararon del todo las circunstancias de su muerte, pero el Gobierno la atribuyó al Ejército Revolucionario del pueblo (ERP), e ilegalizó a esa organización armada.

El ERP está dirigido por el Partido Revolucionario de los Trabajadores, marxista-leninista. Aunque aceptan aportes de Trotsky y están vinculados a la IV Internacional, consideran la calificación de «trotskistas», que se les da con frecuencia, como «insuficiente». Se declaran particularmente cercanos a las tesis del «Che» Guevara («crear dos, tres, muchos Vietnam...») y reconocen influencia de Mao, Giap, Ho Chi-Minh y Kin Il Sung.

A diferencia de «Montoneros» y de FAR, sin ninguna conexión con el peronismo, el Ejército Revolucionario del Pueblo no detuvo su accionar con el triunfo electoral de Héctor Cámpora, primero, y de Perón, después. Entendieron que, como en otros momentos de la historia argentina reciente, las traguas aceptadas por las organizaciones populares sólo sirvieron para permitir que sus enemigos retomaran la iniciativa e intensificaran la represión.

Pero desde la implantación del Gobierno peronista prometieron no dirigir sus acciones contra un Gobierno «representativo de la voluntad popular», mientras «ese Gobierno no ataque al pueblo ni a las guerrillas».

El fuego del ERP iba a concentrarse entonces en tres objetivos: las Fuerzas Armadas (a las que consideraban imprescindible derro-

tar en una guerra prolongada para que el pueblo acceda al poder), los representantes en Argentina de las empresas extranjeras y los burócratas sindicales.

Desde entonces, el ERP ha estado muy activo en esas direcciones, pero, sin duda, una de sus acciones militares más espectaculares es la que ha tenido mayores consecuencias políticas.

El desalojo de los combativos

A medianoche, un día de enero de 1974, setenta guerrilleros del ERP ocuparon durante varias horas el Regimiento Blindado de Azul, una localidad de la provincia de Buenos Aires. En el copamiento del cuartel murieron su comandante y varios soldados. Los guerrilleros, al retirarse, se llevaron cautivo a un alto oficial.

La derecha se lanzó a la contraofensiva. En realidad, desde el regreso de Perón al país, ya había conseguido hacer renunciar a Héctor Cámpora, quien había dado participación en el Gobierno a los sectores combativos del peronismo. Ahora, después de una condena expuesta de Perón, conseguiría la dimisión forzosa del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Oscar Bidegain, vinculado a la tendencia revolucionaria, y de ocho diputados de la izquierda peronista que se negaron a votar modificaciones del Código Penal que amplían las posibilidades de represión.

Hasta que el propio Perón dijo que «ya no se trataba de gritar "¡Viva Perón!", sino de defenderlo», y autorizó la exclusión de los «infiltrados» en el movimiento peronista.

La tendencia revolucionaria, frustrada, protestó. «El Descamisado», un semanario que le servía de vocero, escribió: «¿Por qué no nos dijeron antes, cuando peleábamos, que nos pasáramos a otro partido? ¿Dónde estaban estos que nos tirotean y preparan atentados para eliminarnos cuando había que pelear contra Lanusse?».

Y reivindicaban la legitimidad de sus objetivos: «Fue él (Perón) quien marcó el camino al socialismo nacional para los peronistas. Allí están los libros, las cartas, la película, donde él lanza esa propuesta».

Los defensores bienintencionados de la política de Perón alegaron que Argentina vive un cerco fascista (Chile, Uruguay, Paraguay, Brasil, Bolivia), y que con esa correlación internacional de fuerzas desfavorable le era imperioso moderar el ritmo de cambios. Debía atravesar, necesariamente, una etapa capitalista (apoyándose en la burguesía nacional; controlar, sin asustar, al capital extranjero) antes que embarcarse en un proceso de liberación que podía resultar suicida.

Los opositores seguían creyendo, por el contrario, que la desmovili-



Un grupo de peronistas congregados ante el Cuartel General del Partido Justicialista, después de que se anunciase la victoria del mismo en las elecciones presidenciales argentinas.

zación de masas, la derecha en los controles del poder, la confianza que se ponía en las Fuerzas Armadas volvían a la Argentina más indefensa y la exponían más aún a un retroceso histórico.

La ofensiva derechista prosiguió: el gobernador de la provincia de Córdoba, Obregón Cano (no precisamente de la izquierda, pero que se negaba a perseguirla), fue detenido por el jefe de la Policía local y obligado a renunciar. Se clausuraron varios periódicos: «El Mundo», al que se pretendió vocero del ERP, y los semanarios «El Descamisado» y «Militancia», de la tendencia revolucionaria del peronismo. Fueron atacados con bombas locales de la juventud y asesinados varios de sus dirigentes.

Hasta que, finalmente, aparecieron las denuncias de que militantes peronistas estaban siendo detenidos y torturados por la Policía.

Un ambiente muy poco adecuado, como se ve, para que este primero de mayo fuera un acto de exaltación de la «unidad», como lo pretendían sus organizadores. De los que, por otra parte, estaba excluida la Juventud Peronista.

Un modelo peronista para Argentina

El choque de Perón con sus partidarios radicalizados, con ser grave, tal vez no fue lo más importante ocurrido ese día en la Argentina. Por la mañana, en el Congreso, Perón expuso las ideas maestras de su política, y anunció que pronto someterá a consideración del país su «Modelo Argentino»: una «democracia plena de justicia social», que sólo habrá de alcanzarse «gobernando con planificación».

Perón recurrió a su tesis favorita: la «universalidad». El mundo marcha, según esta visión, a «formas integradas, tanto en el orden económico como en el político».

Es cuestión de algunas décadas nada más.

Paralelamente, es necesaria la «unión de todos los trabajadores del mundo», por lo que «ellos representan en la vida de los pueblos».

La integración económica del mundo será posible, dice Perón, no cuando «los imperialismos» (dentro de su visión tercerista se equipara a los Estados Unidos y a la Unión Soviética como países igualmente imperialistas) hayan desaparecido, sino cuando «tomen debida conciencia de que han entrado en una nueva etapa de su accionar histórico, y que servirán mejor al mundo en su conjunto y a ellos mismos (el subrayado es nuestro)» cuando construyan un sistema mundial «cuyo único objetivo sea lograr la realización del hombre en plenitud».

Para para llegar al «universalismo» tenemos que atravesar la etapa del «continentalismo». En eso estamos. Argentina propicia la unión de América Latina sobre la base de «la vecindad geográfica y sin imperialismos locales ni pequeños»; una concepción que Perón considera «justa, abierta, generosa y, sobre todas las cosas, sincera».

Dentro de este esquema, Argentina debe elaborar un «modelo de «comunidad organizada», donde cada quién tendrá su lugar en la sociedad: los jóvenes, los trabajadores, los empresarios, los militares, las mujeres, los intelectuales, etcétera.

Partiendo de un sistema que «hoy produce según los beneficios», ese modelo buscará armonizar la producción con «una real justicia distributiva».

Esa «democracia plena de justicia social» tendrá algunas peculiaridades: al margen de la actividad de los partidos y de la representación popular en el Parlamento, existirá un Consejo para el Proyecto Nacional, donde cada sector de la actividad nacional enviará sus mandatarios.

La actividad de los partidos debe

concretarse a su formulación del «Proyecto Nacional». Como el «Proyecto Nacional» aparentemente va a someterse a plebiscito y seguramente va a ser aprobado el peronista, no queda muy claro qué pasará entonces con los «proyectos nacionales» de los partidos de oposición: si podrán seguir luchando por ellos o deberán plegarse al válido «para todos los argentinos».

El olor a corporativismo

Varios diputados de oposición reaccionaron encontrando en las formulaciones de Perón un «fuerte olor a corporativismo». Otros, más reservados, prefirieron «esperar a ver de qué se trata».

En todo caso, esta exposición global del pensamiento de Perón puede servir para entender mejor su decisión de romper abruptamente con el ala izquierda de su movimiento. Al parecer, no se trata de un arranque emocional, como creyeron ver algunos observadores, sino de una determinación premeditada que tomó la forma de un exabrupto.

Es que en verdad resulta bastante inconciliable una concepción que espera por un «imperialismo bueno» y reconoce un «papel creador» al empresariado, esto es, al capitalismo, con el proyecto antiimperialista y antioligárquico, en dirección al socialismo, que propugnan los jóvenes. Para éstos, la revolución democrático-burguesa ha fracasado ya demasiadas veces en América Latina como para darle otra oportunidad. Prefieren reconocer la inevitabilidad de la lucha de clases a una amorfa «unidad nacional» que sólo sirve para perpetuar un sistema que consideran opuesto a los intereses de la liberación nacional y social de la Argentina. No creen en «un lugar para cada quién en la sociedad», creen en la existencia de las contradicciones y en la lucha como forma de alcanzar síntesis superiores.

Lenta pero inexorablemente, el jefe peronista fue acorralando a ese sector de su Movimiento buscando absorber a una parte y lanzar fuera a otra, estigmatizada por el signo de su condenación. Ahora plantea categóricamente la ruptura.

Cabe prever —ya hay síntomas de esto— que se producirá una división en la Juventud Peronista. Salvo que los dirigentes peronistas oficiales logren desplazar a la actual conducción y consigan ser seguidos por las bases, lo que es bastante difícil.

No es improbable que una parte considerable de los jóvenes peronistas, defraudada, desplazada del trabajo político legal, se vuelque a la actividad armada, y aun que, después de un proceso de reaccamiento, acabe por confluir con el ERP.

Pocos días antes del 1 de mayo, representantes de los jóvenes denunciaron a Perón que dos militantes peronistas, Alberto Camps y Eusebio Mestre, habían sido brutalmente torturados por la Policía. Camps es un sobreviviente de la matanza de Trelew del 22 de agosto de 1972, cuando la Marina fusiló a dieciséis jóvenes bajo el pretexto de que intentaron fugarse.

El comentarista de Perón fue: «Por lo que sé, Camps y Mestre siguen siendo tan «montoneros» como en la época de la dictadura militar, y si ellos siguen siendo «montoneros», la Policía sigue siendo Policía».

Una especie de patente de corso que la Policía no dejará de usar, reafirmada por la ausencia de la bancada oficialista en la Cámara de Diputados, que impidió llamar a sala al ministro del Interior para pedirle explicaciones sobre la práctica de torturas.

Aunque Perón siempre ha dicho que considera a «la subversión un asunto policial», en su discurso del Congreso fue más explícito: «Superaremos la subversión. Aislaremos a los violentos y a los inadaptados, y los derrotaremos dentro de la Constitución y de la ley. Ninguna victoria que no sea política (el subrayado es nuestro) es válida en este frente».

Y éste es el verdadero desafío para las guerrillas. Una intensificación de la represión es previsible; la clave está en saber, cuando se agudice esa confrontación que parece inevitable, dónde estarán las masas argentinas. Si alienadas por la mitología peronista seguirán incondicionalmente a su conductor, aun en su cuestionable proyecto (podrían ser, en este caso, un excelente caldo de cultivo para el fascismo), o, rompiendo con él, sirven de apoyo a la guerrilla para asegurar su supervivencia, su crecimiento y su eventual condición de vanguardia revolucionaria.

De cómo se resuelva esta alternativa puede depender el futuro argentino. Sobre todo, porque muerto Perón (setenta y ocho años, salud delicada), la lucha que se desatará hará que estos enfrentamientos de hoy se recuerden como juegos inocentes. ■ F. R.